

“El paisaje infinito” - Guiomar

Antes del siglo XIX, la Sierra de Guadarrama era una gran desconocida. No había sentimientos de simpatía hacia ella, como tampoco los había hacia ninguna de las montañas europeas. Por el contrario, los sentimientos eran de indiferencia, desagrado y temor. La Sierra se consideraba un entorno hostil, lleno de peligros y amenazas. Los ciudadanos vivían tradicionalmente de espaldas a esas montañas cercanas, a las que se consideraba causa de incomodidades y enfermedades. El Romanticismo transformó esa visión y abrió paso a nuevas formas de valorar sus cualidades estéticas. En este sentido, los viajeros extranjeros contribuyeron decisivamente a la introducción de estas nuevas formas de ver y valorar las montañas.

La irrupción del Romanticismo en el arte y la cultura de finales del siglo XIX tuvo como resultado una revalorización del paisaje. Los románticos no pintaban paisajes por el simple deseo de plasmar en el lienzo una vegetación exuberante, grandes montañas o mares agitados, sino que atribuían a la naturaleza un simbolismo que permitía comunicar su mundo interior y sus emociones más profundas.

El alemán Caspar David Friedrich fue un maestro de la atmósfera y de la luz. El esplendor y la visión de la naturaleza que nos brinda son inimitables. Se dedicó a la pintura desde muy joven con maestros que le inculcaron un especial amor por la naturaleza. A los 27 años pasó una temporada en la isla de Rügen, en el mar Báltico. De regreso al continente comenzó a pintar montañas escarpadas, enormes acantilados, cielos inmensos, tormentas, nevadas, fenómenos ópticos y campos helados.

Friedrich nació en 1774, el año que se publicó la novela epistolar de Johann Wolfgang von Goethe *Las penas del joven Werther*, que hizo historia convirtiéndose en el libro más vendido en Alemania. Con esta obra comenzó a surgir el primer Romanticismo alemán. El autor revolucionó la literatura al ensalzar la subjetividad expresando con libertad las emociones, la naturaleza individual, desvinculándose de la razón y prevaleciendo el sentimiento. Goethe fue el máximo representante del movimiento literario “*Sturm und drang*” (tempestad e ímpetu), que también tuvo sus manifestaciones en otras artes,

como en la pintura de Friedrich. Este grupo será el precursor del movimiento romántico, caracterizado por el redescubrimiento de la naturaleza, la nostalgia por la herencia del pasado, lo sublime frente a la belleza clásica, o el concepto de genio.

En la segunda mitad del XIX, Francisco Giner de los Ríos y la Institución Libre de Enseñanza ampliaron el camino abierto por los románticos. La imagen del paisaje del Guadarrama transmitida por Giner y la Institución supuso un descubrimiento de los valores naturales, históricos y culturales de las montañas. En julio de 1883, la Institución organizó una primera excursión a la Sierra de Guadarrama. El grupo de catorce personas, liderado por Francisco Giner de los Ríos y Manuel Bartolomé Cossío, incluía a tres colaboradores de la Institución: el geólogo Salvador Calderón, el biólogo José María Moreno y Jerónimo Vida, y nueve estudiantes, entre ellos Julián Besteiro. Comenzaron la marcha en Villalba, que en aquel momento era la parada ferroviaria más próxima a la Sierra de Guadarrama, subieron al puerto de Navacerrada, pasaron por el puerto de Cotos, llegaron al valle del Lozoya, donde visitaron la Cartuja del Paular y, a través del puerto del Reventón, llegaron a La Granja de San Ildefonso, donde se encontraron con Joaquín María de Castellarnau, un ingeniero de montes de la Casa Real allí destinado. La excursión tuvo una notable importancia pues supuso la primera muestra de un nuevo modo de entender el paisaje de la Sierra.

Sin embargo, fueron ciudadanos extranjeros, junto a estos españoles de la Institución de Libre Enseñanza, quienes pusieron de moda la Sierra de Guadarrama. Los pioneros del montañismo en la Sierra fueron alemanes, suizos y noruegos, y sus historias se esconden tras una serie de topónimos como Ducha de los Alemanes, Loma del Noruego, Pinar de los Belgas o Camino Schmidt.

La Ducha de los Alemanes es una cascada de agua situada en la zona central de la vertiente sureste de la Sierra de Guadarrama, en el término municipal de Cercedilla. Se trata de un salto de agua de dos metros en el Valle de la Fuenfría que fue el lugar favorito de varios alemanes pioneros del alpinismo para refrescarse en la Sierra. Su líder era Karl Coppel, un célebre

relojero alemán que llegó a Madrid en los años 60 del siglo XIX y dirigió una importante empresa en la calle Fuencarral.

La Loma del Noruego debe su nombre a Birgen Sörensen, que nació en Fredrikstad (Noruega) en 1877 y llegó a España en 1900 contratado como supervisor en una explotación maderera. Sörensen quedó fascinado por el paisaje montañoso de la Sierra de Guadarrama y vio su potencial para el esquí, un deporte arraigado en su país natal. Pronto se dedicó a fabricar sus propios esquís y a enseñar a los lugareños, lo que extendió esta práctica en la zona. Procedente de la región de Christiania, donde se fundó la primera escuela de esquí de Europa, comenzó a subir a la Sierra de Guadarrama para efectuar encargos al aserradero de la Sociedad Belga de los Pinares del Paular, y allí encontró el lugar perfecto para dar rienda suelta a su pasión por el esquí. En la ladera que desciende desde la Bola del Mundo al puerto de Cotos, hoy conocida como Loma del Noruego, Sörensen se lanzaba sobre unos esquís rudimentarios sin ninguna flexibilidad. La figura de este noruego pionero representa el eslabón que conecta a los esquiadores de hoy con los pioneros del esquí que marcaron el camino. Sörensen hizo amistad con excursionistas cercanos a la Institución Libre de Enseñanza liderados por Manuel Bartolomé Cossío, quienes tras haber leído el relato de la travesía de fondo por Groenlandia de Fridtjof Nansen en *Hacia el Polo* estaban fascinados por la nieve. Uno de ellos, Manuel González de Amezúa, fundó en 1906 el *Twenty Club*, embrión del Club Alpino Español.

La Ventana del Diablo está situada en la cresta más abrupta del Guadarrama. Se trata de un cúmulo de rocas que arrumbado en la vertiente norte del tercero de los Siete Picos conforma un hueco, cuyo insólito equilibrio podría ser el origen de su nombre. En la bibliografía del Guadarrama no se encuentra alusión a este origen. Tal vez el que más se le aproxima es Sierra del Dragón, nombre de los actuales Siete Picos utilizado desde la Edad Media y que tuvo su origen en la forma de espinazo reptiliano de esta formación alpina. El 12 de julio de 1891, el suizo Alberto Oettli, ingeniero en la empresa alemana Siemens-Schuckert, completó la primera ascensión deportiva conocida al macizo de Siete Picos junto con cónsul británico Arthur Jackson. En 1919, varios miembros de la Sociedad Peñalara “Los Doce Amigos” (origen

de la Real Sociedad Alpina Peñalara) colocaron una placa en esta formación rocosa en memoria de Oettli, uno de sus fundadores fallecido unos meses antes. Así lo informa un número de la revista *Peñalara* de ese año, que recordaba las excursiones de este montañero en la Sierra de Guadarrama.

El Camino Schmidt es una ruta histórica que se remonta a principios del siglo XX, cuando las primeras sociedades de montañeros empezaron a tomar cierta relevancia. La ruta une los albergues de los puertos de Navacerrada y la Fuenfría, los dos pasos históricos a través de la Sierra, y fue señalizada en 1926 por el socio número 13 de la Real Sociedad Española de Alpinismo Peñalara, un europeo de origen alemán llamado Eduardo Schmidt. Pionero del alpinismo y el esquí, Schmidt fue el primer guarda del albergue construido por el club en 1917. En 1927 trazó el itinerario que lleva su nombre para ir a visitar a los guardas del albergue del Puerto de Navacerrada. Hacia el final de su vida, el montañero Schmidt vivió una temporada en Trillo (Guadalajara), quedando inmortalizado en el *Viaje a la Alcarria* (1948) de Camilo José Cela.

El alemán Caspar David Friedrich se inspiró en los recorridos de los senderos que visitaba, como las montañas del Elba, que representó en la obra *Errante sobre el mar de niebla*. Quería plasmar en el lienzo lo que se definía como paisaje sublime, con formaciones orográficas a veces imposibles y en el que la figura humana aparecía de espaldas al espectador como un ser insignificante. Un sentimiento que el filósofo alemán Immanuel Kant (1724-1804) describió en su obra "*Observaciones sobre el sentimiento de lo bello y lo sublime*": "Lo sublime conmueve, lo bello encanta. La expresión del hombre dominado por el sentimiento de lo sublime es seria; a veces fija y asombrada. Lo sublime presenta a su vez diferentes caracteres. A veces le acompaña cierto terror o también melancolía; en algunos casos, meramente un asombro tranquilo, y en otros un sentimiento de belleza extendido sobre una disposición general sublime". Y es que la relación de conflicto surgido entre el entendimiento y la imaginación conduce a un sentimiento de fascinación y terror ante lo ilimitado y lo inconmensurable del paisaje infinito.